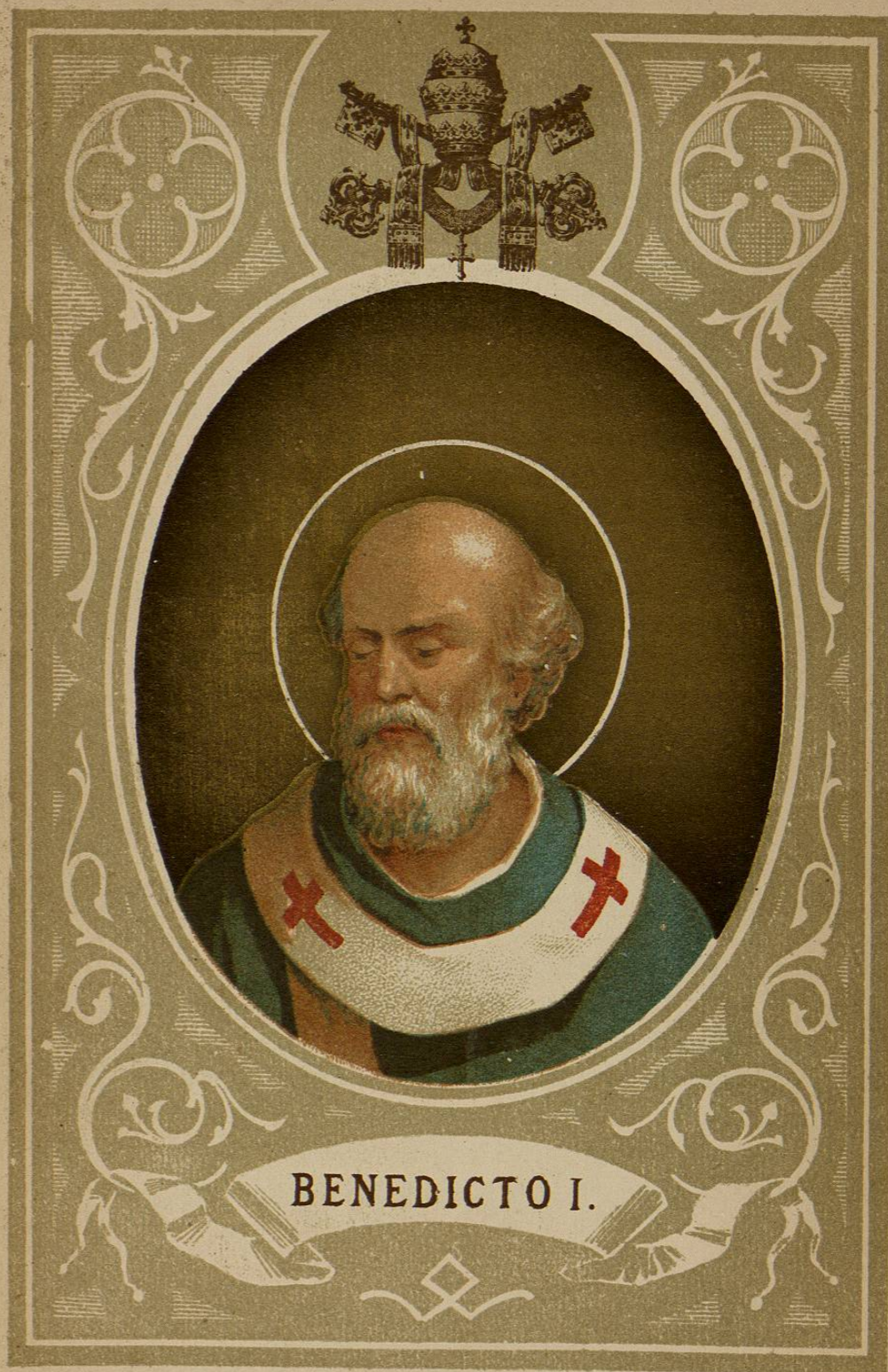


que, desde Aquilata, se había estendido á Venecia y tenía por causa la oposición á las decisiones del quinto concilio general, al cual llegó que manifestasen aceptación esplicita cuantos eran designados para el episcopado. Por esto se la entregó Lorenzo, obispo de Milán, suscrita en Roma por los principales, y por el primer urbano que, á la sazón, lo era San Gregorio.

El eterno testimonio de la Historia manifiesta todo cuanto los papas han realizado en bien de la humanidad, acogiendo bajo su protección, para remediarias, toda suerte de desventuras. Y la misma Historia coloca entre aquellos insignes bienhechores á Benedicto I, romano, que, entre las perturbaciones que agitaban á la sazón la sociedad, brilló como un astro de paz y de consuelo. Aunque, por consecuencia de lo azaroso de los tiempos, son pocas las noticias que de él nos quedan, resultan suficientes para dar fe de su solicitud en poner término á las discordias á los estragos y á la barbarie de la época. Era Benedicto I hijo de Bonifacio, y desde la muerte de su antecesor hasta su elección pasaron algunos meses, por causa de las turbulencias que los longobardos ocasionaban en Italia y por las injustas pretensiones de la corte bizantina: pero el 3 de junio del año 574 pudo al fin verificarse dicha elección y los sufragáneos aclamaron al nuevo pontífice elevándole á la Cátedra Apostólica. Aprovechó también, como sus antecesores, á confirmar los decretos tomados en el quinto concilio general, y atendiendo con solicitud á las necesidades espirituales de los fieles, remedio de las desolaciones de aquella época, trató en una asamblea del mes de diciembre, veintinueve obispos, grandes presbíteros y tres decanos. Como si previese el bien que podría resultar á la Iglesia, Benedicto I convocó alta dignidad en el año 574, que fue luego uno de los grandes pontífices.

Como los longobardos llevaban sus excursiones hasta las mismas puertas de Roma y oprimían gran parte de Italia, Benedicto era para toda la península eficaz defensor, y á él imploraban socorro todos los milices. Su caridad rasgósele de un modo dulcísimo cuando veía cruzar hambres, ocasionada por las desgracias de la guerra, asoló todas las cárceles y cárceles. Y no fué esto solo. Los templos se veían espoliados, los hambres del pueblo, has-





ta los mismos nobles, eran sacrificados por codicia y otros reducidos á servidumbre territorial y personal, á fin de que pagasen á los longobardos la tercera parte de sus rentas; hasta la Ciudad Eterna, en la cual no dominaban los bárbaros, veíase molestanda por las correrías de estos. Solo la voz del pontífice que se habia levantado nuevamente para extinguir el cisma que todavía daba señales de vida en Aquileya, impetró el socorro del emperador en pró de los oprimidos, diciendo á Justino que no dejase perecer de hambre á Roma, ya que no sabia protegerla con las armas, y exhortándole á defender con su imperial autoridad la libertad del mar y de introduccion de víveres. Y es lo cierto que, sino de Justino, fué escuchada la voz del papa de su sucesor Tiberio, quien cuando era jefe de la guardia de su antecesor, habia sido designado para sucederle por este que, antes de morir, dióle excelentes consejos y manifestó vivo dolor por las faltas en que incurriera á causa de haber dado oídos á cortesanos bellacos y á traicioneros aduladores. Una escuadra conduciendo las necesarias provisiones y mandada por el nuevo emperador, llegó por fin á Ostia, mas el ilustre pontífice no tuvo la alegría de verla. Dios le habia llamado á sí el 30 de julio del año 578, despues de cuatro años, un mes y veintiocho dias de pontificado, para coronar en él las mas excelsas virtudes. Antes de su muerte tuvo el consuelo de dejar á la iglesia militante el arcediano Gregorio que tomaba ya gran parte en los asuntos graves que fué el alma y la vida del pontificado siguiente y que procuró siempre con ardor la destruccion de la iniquidad y de la heregia para que cediese su puesto al celestial genio del catolicismo. Benedicto I fué sepultado en el Vaticano.

Segun hace observar Chantrel, cuando murió Benedicto I, los longobardos tenian á Roma tan estrechamente asediada que se hallaban interceptadas todas las comunicaciones y el emperador griego se vió impedido de hacer valer injustas pretensiones respecto á su intervencion en la eleccion de sumo pontífice: de donde resulta que los longobardos que al parecer debian oprimir á la Iglesia, contribuyeron, en virtud de uno de los misteriosos arcanos de Dios, á libertar á la potestad espiritual de una traba contraria á su indispensable independenciam. Además, este mismo pueblo bárbaro, conquistando gran parte de Italia, concluyó de hacer desapa-

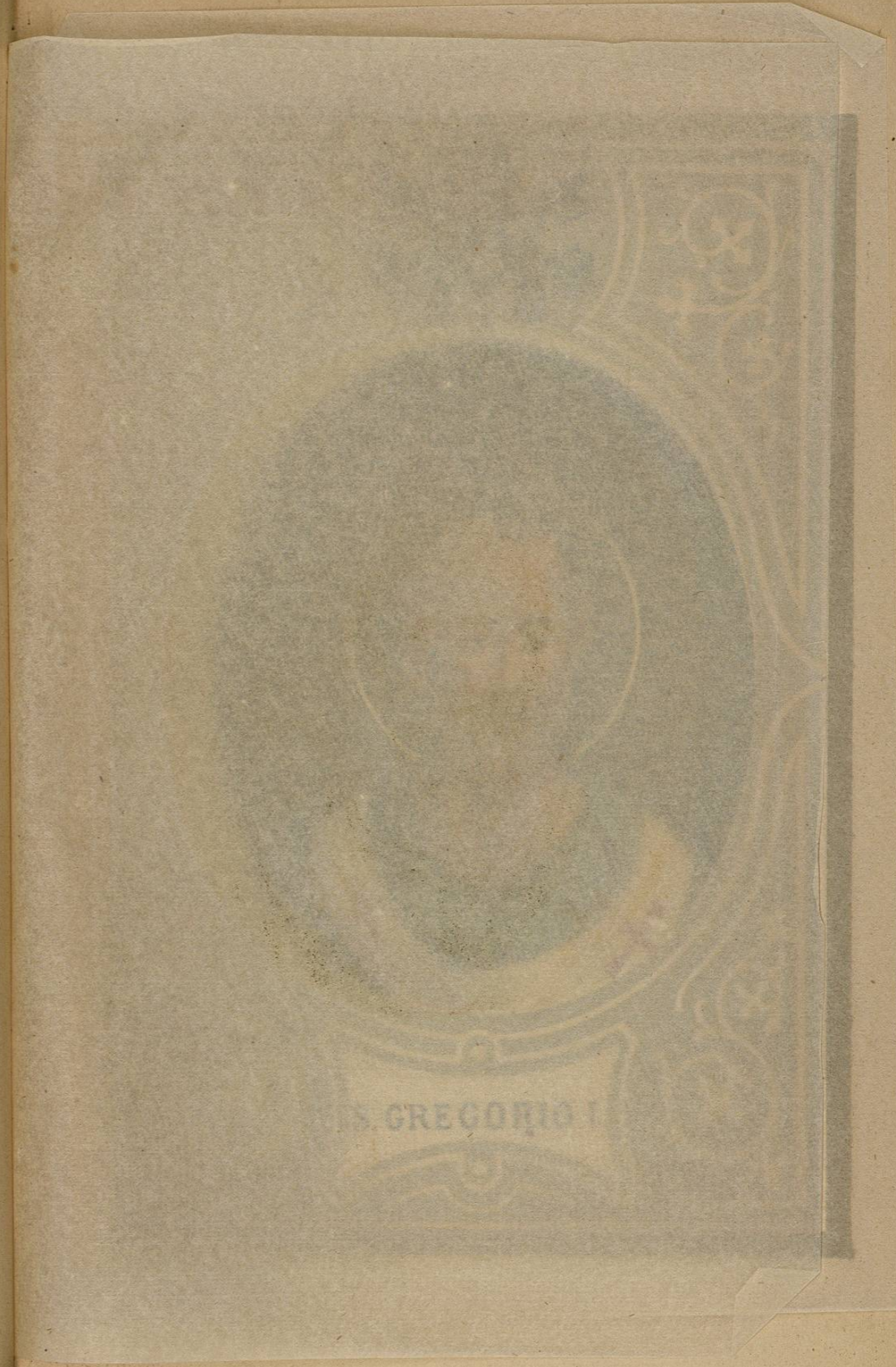


recer una supremacia que los emperadores habian renunciado tácitamente al abandonar sin proteccion alguna á los italianos. Así, pues, desenvolviase del modo mas regular y legítimo el dominio de los pontífices que ejercitaban ya autoridad de hecho y que siempre de derecho venian sustituyendo á los antiguos señores de Roma. Esto demostróse con mayor claridad que hasta entonces en los dias de Pelagio II, como han probado no pocos escritores, desde los mas antiguos, hasta Gualco y Brunengo.

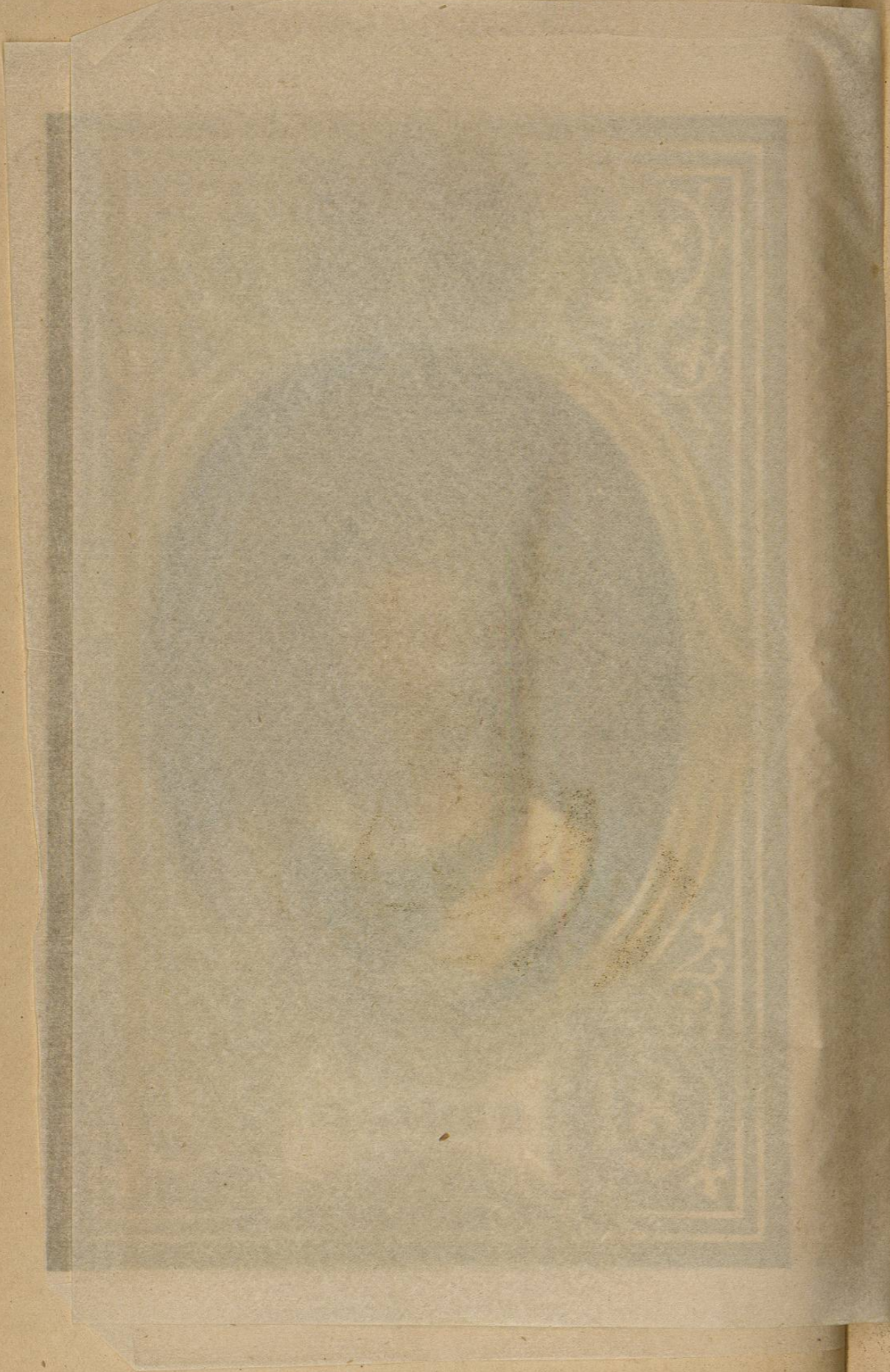
Pelagio era romano, hijo del godo Vinigildo y monge benedictino, segun la general opinion. El 3o de noviembre del 578 ocupó la cátedra apostólica y con sus cartas y por medio de sus legados hizo toda clase de esfuerzos para que algunos prelados, todavia cismáticos, dejasen de mostrarse enemigos del quinto concilio general, se persuadiesen de que los *tres capitulos* habian sido justamente condenados y de que esta sentencia no inferia ofensa alguna al concilio de Calcedonia. Y solo cuando vió que eran inútiles sus paternales solicitudes se dirigió al exarca de Rávena, pidiéndole apoyo para terminar el cisma.

Permitió tambien Pelagio al arzobispo Elia que pasase á Grado la metrópoli de Aquileya, donde el prelado no podia estar seguro contra las asechanzas de los enemigos de la fé; prohibió que ningun arzobispo ni patriarca tomase el título de *universal* que solo corresponde al romano pontífice; renovando las órdenes de San Leon I, y otros papas, recordó á los subdiáconos de Sicilia la ley de la continencia y respecto á este punto dió á conocer á las iglesias de occidente el uso antiguo de la Iglesia Romana, que acabaron de establecer legalmente luego las disposiciones de Urbano II é Inocencio III; impuso á los presbiteros, bajo pena de grave culpa, que recitasen todos los dias el oficio divino, y en dos ordenaciones del mes de diciembre nombró cuarenta y ocho obispos, ochenta y dos presbiteros y ocho diáconos, muriendo el ocho de febrero del 590. Su tumba, en el Vaticano, cubrió su cuerpo, mas no extinguió su fama, pues siempre se recordará, entre bendiciones, su caridad para con los pobres, especialmente si eran ancianos, caridad que le llevaba hasta á darles asilo en su propio palacio; su solicitud para curar los males ocasionados por las guerras, por las inundaciones y por una horrible peste que asoló la Ciudad Eterna;









S. GREGORIO I.



y finalmente su celo por los intereses de la Iglesia que le movieron á mandar á Constantinopla de apocrisario ó nuncio, cerca del emperador Tiberio y luego de Mauricio, á San Gregorio, que fué su sucesor.

Otros hechos notables llevó á cabo este pontífice, entre los cuales merecen mencionarse dos: su decisión de acudir á los francos, cuando vió desoidas sus peticiones en Constantinopla y á los longobardos ir en aumentando en audacia, decision revelada por una carta al obispo Annacario, donde le encargaba que exhortase al rey de los francos á que no se aliase con aquellos bárbaros y se apiadase de las desventuras de Italia, y la entereza con que supo sostener y hacer triunfar los sacrosantos derechos de la Sede Apostólica, cuando Juan, llamado el Ayunador, pretendió exaltar desmesuradamente, en un concilio de Constantinopla, la autoridad del obispo de esta ciudad.

De San Gregorio I, sucesor de Pelagio y uno de los mas grandes doctores de la Iglesia, habla así el ilustre historiador Artaud de Montor: «San Gregorio I, llamado el *Magno*, doctor de la Iglesia, nació por los años de 540, y era hijo de Gordiano, senador de Roma, despues diácono-cardenal regionario de Silvia, dama muy piadosa. Era sobrino del papa San Felix III, de la familia Anicia, hoy Conti. El año 572 fué pretor, y no, como dicen algunos escritores, prefecto de Roma. Este hecho está atestiguado por una carta del mismo Gregorio á Constancio, arzobispo de Milan.

«Despues de la muerte de su padre, Gregorio se encontró dueño de una inmensa fortuna, y entonces fundó seis monasterios, uno, entre otros, en 575, en su propio palacio en Roma; despues se hizo monje benedictino, y habitó el monasterio de San Andrés, que habia mandado construir, y que pertenecia á los benedictinos camáldulos. Es la misma orden, de la cual el padre Mauro Capellari, despues Gregorio XVI, era abad, cuando fué nombrado cardenal por Leon XII. Algunos escritores, entre otros, el P. Tomasino, del Oratorio, sostienen que Gregorio no perteneció á ninguna orden religiosa. Como quiera que sea, en 582, fué nombrado diácono-cardenal por Pelagio, del cual habia sido secretario, destino que cerca de San Dámaso habia desempeñado San Jerónimo y San Próspero cerca de San Leon, y luego el mismo papa le envió como nuncio á Constantinopla cerca del emperador Mauricio.